

## EL PROCESO PERCEPTIVO Y LA PSICOLOGIA INDIVIDUAL

JORDI PICH

Departamento de Psicología  
Universidad de Baleares

La definida vocación médica de A. Adler y su alineamiento al incipiente psicoanálisis mantuvo su obra, aun después de la ruptura con Freud, dentro de lo que entendemos como psicología "clínica" o de la personalidad. En una ocasión anterior (Pich, 1982), pretendí demostrar no obstante la dimensión social de la psicología adleriana, y su utilidad para explicar algunos procesos psicosociales básicos. Resumiremos brevemente esta dimensión para pasar después a analizar con más detalle qué puede aportar a la comprensión de la normalización perceptiva, fenómeno trascendental como veremos para comprender la dimensión cultural del proceso perceptivo.

En el trayecto que va de la adhesión del Adler médico al modelo biológico de la inferioridad orgánica (Estudios sobre la inferioridad de los órganos, 1907) hasta su defensa en la labor de psicólogo de una terapia de las enfermedades mentales marcadamente humanista (El sentido de la vida, 1933), elabora una teoría psicológica centrada en dos constructos fundamentales: el sentimiento de inferioridad y el sentimiento social. Existe una clara traslación además del modelo biológico sobre el modelo psicológico. Vemos así que la inferioridad anatómica y funcional del "locus minoris resistentiae", hereditariamente determinada, debe suplirse o compensarse por

el órgano simétrico. De igual manera, el sentimiento social debe ser fomentado por el terapeuta para contrarrestar el sentimiento de inferioridad paralizante o de un complejo de superioridad encubridor y agresivo.

Existen un buen número de tests o escalas psicológicas relacionadas indirectamente con estos constructos en el área de la personalidad: pruebas de asertividad, escalas de autoritarismo, etc. Igualmente encontramos pruebas que parten de forma explícita de ellos e intentan su medición, como es el caso de Crandall (1982) que propone un test para la medición del sentimiento social.

Por otra parte, los fundamentos tanto biológicos como sociales de ambos constructos son incuestionables. El ser humano nace efectivamente inferior en tanto es incapaz de sobrevivir sin una continuada atención. Podría pensarse incluso en una base genética del sentimiento social a partir de la existencia entre los animales de la conducta de impronta o la de apego. Aunque la necesidad objetiva del entorno social para el desarrollo del sistema nervioso humano resta interés a la cuestión.

Por otra parte, no hace falta ni siquiera ser psicólogo para advertir la presencia de auténticos complejos de inferioridad o de superioridad en determinados comportamientos de nuestros semejantes.

Pero lo que ahora nos interesa destacar, como se ha dicho, es que los contenidos de la Psicología Individual aportan explicaciones teóricas, generalmente complementarias y de carácter sociocognitivo a algunos procesos que se producen en la interacción. Y ello porque el componente psicosocial de la teoría adleriana es mucho más acusado incluso que teorías formalmente psicosociales. Básicamente tanto el sentimiento de inferioridad como el sentimiento social surgen y se estructuran siempre en relación al otro. Y hemos de pensar además que, al igual que los procesos como la comparación, la atribución o la diferenciación categorial, son auténticos generadores de contenidos más allá de su componente dinámico.

Tomemos como ejemplo de lo expuesto hasta ahora el caso de la comparación social. Para Festinger (1954), la causa de nuestra

tendencia a comparar nuestras opiniones y actitudes radica en la necesidad de reducir la tensión e incertidumbre "cognitivas" (dimensión psicológica). Codol (1975) sitúa el origen de dicha tendencia en la presión social sobre el individuo para que se ajuste a las normas vigentes en esa sociedad (aspecto social). En los constructos adlerianos encontramos una explicación netamente psicosocial y que no se opone por tanto a las anteriores: el sentimiento de inferioridad respecto a los semejantes, presente de forma no necesariamente consciente en todos los seres humanos, actúa como una motivación constante para medimos con ellos, sea a nivel de capacidades objetivas y de habilidades concretas o a nivel de opiniones y actitudes. De igual forma, el efecto "primus inter pares" postulado por Codol estaría directamente vinculado con el sentimiento de superioridad, corolario habitual de la inferioridad que no alcanza lo patológico.

En definitiva, en el planteamiento adleriano una cuestión básica será el esfuerzo, consciente o no, por evitar cualquier situación o corroboración de la inferioridad, sea cual sea el campo en el que pueda presentarse (inteligencia, aptitudes, habilidades...). En palabras del autor:

*Como los sentimientos de inferioridad siempre producen tensión, habrá siempre un movimiento de compensación hacia un sentimiento de superioridad" (Adler, 1933, p.49)*

La tendencia tantas veces puesta de relieve de compararse con aquéllos a los que percibimos o sentimos como semejantes encaja perfectamente con esta evitación de la inferioridad. Ciertamente valoramos con más frecuencia la calidad de nuestro trabajo científico a partir de la de nuestros colegas próximos, que disponen además de parecidos recursos que a partir de investigadores mundialmente conocidos de quienes no obstante tomamos mayoritariamente las referencias.

Adler (1927) apuntó la posibilidad de extender la noción de inferioridad individual a todo un estado o nación, ligando orgullo o convicción de superioridad racial con complejo de superioridad individual. Pero en mi criterio, y sin oponerme a esta sugerencia, creo que es en el nivel de los grupos pequeños donde

hallamos una corroboración empírica de estos constructos, tanto como motivadores de la acción individual en ese grupo como de la conducta grupal en sí cuando un grupo se siente por cualquier causa en "desventaja" frente a otro. Podríamos hablar entonces de un auténtico sentimiento de inferioridad grupal y, al igual que ocurre en el individual, puede no ser consciente pero determina reacciones cognitivas (de representación y valoración) y conductuales definidas.

En efecto, dentro del área de estudio psicosocial de la diferenciación categorial, a partir de las experiencias con grupos naturales de Sherif (1966) y sobre todo de Lemaine (1962, 1966), se plantea explícitamente el estudio de la conducta de grupos cuando son realmente inferiorizados.

Para Lemaine (1974): *"La referencia a otro conduce a la diferenciación cuando hace pesar una amenaza sobre la identidad, y la restauración de esa identidad se hace a través de la búsqueda de la diferencia, de la alteridad, la creación y luego la acentuación de la heterogeneidad"* (p.20).

Este planteamiento teórico de orden general deriva de sus anteriores experiencias con grupos de niños que debían ejecutar una determinada tarea (realizar un mural, construir una cabaña) para la cual a un grupo se le proporcionaban medios materiales más adecuados. En estas experiencias, el grupo desfavorecido o discapacado actúa espoleado por un auténtico sentimiento de inferioridad grupal básicamente equiparable en cuanto a su dinámica al que Adler postula en el individuo. Señala Deschamps (1979):

*"El grupo que tiene recursos menores supera su inferioridad introduciendo una nueva dimensión en la cual está seguro de ser superior"* (p.278)

Procura así resultar "incomparable" sin que sus miembros "sepan" el motor y el objetivo de su conducta, que no es otro que evitar resultar inferiores en cuanto al resultado final. Más bien domina en el grupo simplemente la idea de hacer bien el trabajo, en todo caso hacerlo "mejor" que el otro grupo. De igual manera obra el individuo, desarrollando un entramado de ideas sobre sí mismo y los demás, de actitudes, atribuciones y valoraciones, sin darse "cuenta" de que uno de sus objetivos principales es el de

defenderle o protegerle de sentir la inferioridad frente a los demás.

Al pasar ahora a analizar desde la perspectiva adleriana el proceso de normalización perceptiva, convendrá tener presentes las conclusiones que se exponen a continuación a partir de la argumentación que hemos procurado seguir hasta aquí.

(1) Tanto el sentimiento de inferioridad como el sentimiento social, siendo constructos de personalidad, se definen, generan y actúan en el individuo en relación al otro de la interacción, y de ahí deriva su carácter psicosocial.

(2) No se trata de constructos que determinan clasificaciones diferenciales en el campo de la personalidad. Se suponen presentes en todos los individuos. Sólo la acentuación morbosa del primero, que empobrece patológicamente el segundo, determina alteraciones graves en el sujeto.

(3) Siendo concepciones de alcance general, su naturaleza cognitiva viene determinada por cuanto el sentimiento de inferioridad determina directa o indirectamente la mayor parte de las ideas, actitudes y valoraciones del individuo sobre sí mismo y sobre los demás, dirigiendo así tanto su conducta cotidiana como su vida de relación social.

(4) Si bien en ciertos casos la dinámica que impone el sentimiento de inferioridad puede manifestarse abiertamente (los esfuerzos de compensación de una debilidad orgánica de Demóstenes o Beethoven), lo más frecuente es que actúe en forma encubierta. En situaciones de mayor riesgo, el sujeto simplemente temerá hacer el ridículo, o insistirá tercamente en tener razón sobre un punto particular. Un niño obeso, ridiculizado por sus compañeros y suspendido en la clase de gimnasia, puede dedicar gran esfuerzo y obtener así buenas calificaciones en las demás asignaturas académicas sin ser consciente o establecer una relación entre ambas situaciones. La agudización del sentimiento de inferioridad puede obrar así como una auténtica motivación inconsciente de la conducta. Es importante hacer notar que no se trata aquí del término "inconsciente" en el sentido profundo (lo "inaccesible a la conciencia") que le otorga Freud.

(5) Podemos plantear por todo ello la participación de dichos constructos en la interacción, como vimos en la comparación social o la diferenciación categorial. Lo mismo podría plantearse en la atribución. Su potencial explicativo de dichos procesos interpersonales suele ser complementario de las teorías clásicas que pretenden dar cuenta de los mismos, por cuanto su naturaleza teórica psicossocial no se opone a interpretaciones psicológicas y/o sociales. Podemos suponer globalmente incluso que el sentimiento de inferioridad y el sentimiento social son capítulos fundamentales en todo el campo que podríamos rotular como "percepción interpersonal"

Entremos pues en el proceso perceptivo desde la perspectiva adleriana partiendo del efecto autocinético en el cual Sherif, en 1935, pone de relieve un proceso que denomina de "normalización" perceptiva. Como es bien conocido, la ilusión óptica de movimiento errático de un punto de luz estático en una habitación oscura, distinta para cada individuo, se "fija" en un acuerdo espontáneo sobre la dirección y extensión del movimiento en un pequeño grupo de sujetos cuando éstos intercambian verbalmente su opinión sobre dichos parámetros.

Para el autor, esa convergencia de normas individuales hacia una común al grupo es una muestra de la participación de sistemas de referencia, generados culturalmente, que se aplican sobre lo percibido. Su experiencia pretendía demostrar la génesis artificial, en el laboratorio, de uno de dichos sistemas con la idea de hacer más evidente su existencia. Por ello utilizó un estímulo ambiguo, donde los sujetos debieran por tanto crear una norma no pudiendo limitarse a aplicar una derivada de sistemas preexistentes. Por ello el alcance de la investigación de Sherif para la explicación del proceso perceptivo, su evolución y sus determinantes o condicionantes ambientales es mucho mayor de lo que se suele atribuir. Volveremos después a esta cuestión. Volviendo al experimento en sí, para su autor quedaba claro que los sujetos integraban en ese sistema de referencia la información dada por los otros miembros. Como señala Deschamps:

*La interpretación propugnada por Sherif hace intervenir procesos de orden cognitivo" (op.cit..p.129)*

Existen no obstante explicaciones alternativas y, a partir de como son recogidas por este último autor, vamos a introducir la inferioridad como factor explicativo de la normalización.

Ya Allport (1924) había observado un fenómeno interesante: la simple presencia del otro, aún sin emitir juicio alguno (en este caso estimaciones sobre el peso de objetos o sobre el carácter agradable o desagradable de olores determinados), introduce un factor de moderación de las respuestas con respecto a los juicios individuales sin esta presencia del otro. Y explica esa moderación en los juicios individuales sin esta presencia del otro. Y explica esa moderación en los juicios por el temor a que, mediante valoraciones extremas, pueda aparecer en desacuerdo con las posibles valoraciones del otro. Esta explicación encajaría con las medidas preventivas destinadas a evitar la inferioridad frente al otro, aun en el nivel, tan superficial si se quiere, de que pueda dar juicios más correctos que los nuestros. Cuando este autor, retomando sus resultados en 1962, habla de la "tendencia de los individuos" a ser aceptables para el otro, similares a él, ¿no podemos derivar directamente del sentimiento social esa tendencia?

Cuando Moscovici y Ricateau (1972) conciben la normalización como "un mecanismo de negociación activa que induce a la aceptación de un mínimo denominador común", la negociación derivaría de la evitación de la inferioridad, mientras que la aceptación de ese denominador común requerirá obviamente de la participación de cierta dosis de sentimiento social. Precisamente, Sampson (1969) fue el primero en observar que cuando el experimento autocinético se pasaba entre parejas de sujetos entre quienes existía algún conflicto ideológico y personal, cristalizando en distintos estatus (novicios y monjes de un mismo convento, dotados estos últimos de poder sobre los primeros y en franca disputa ideológica y personal entre ellos), no se producía la normalización de las respuestas. Nuevamente, ¿no podemos interpretar esta contranormalización precisamente por la disminución o negación del sentimiento social que implica toda enemistad, proporcional al incremento del sentimiento de superioridad sobre el otro?

Procurando sintetizar pues esta lectura adleriana, diríamos que cuando de hecho se produce la normalización se evita la situación favorable a la aparición del sentimiento de

inferioridad en forma correcta, es decir, permitiendo una adecuada participación del sentimiento social. En la contranormalización, la situación deviene más "patológica": la inferioridad, agudizada por la existencia de una relación de poder real, no sólo no se compensa adecuadamente sino que deriva en un complejo de superioridad por ambas partes que obstaculiza la intervención del sentimiento social.

Es importante observar que aquí, a diferencia de lo que acontecía en la diferenciación categorial, no es el grupo sino el individuo quien evita la inferiorización en el grupo. Nadie quiere generalmente emitir juicios que los demás puedan considerar errados, a la vez que el sentimiento social contribuye a facilitar el acuerdo entre los distintos juicios: los sujetos están asombrosamente "convencidos" de que todos ven en efecto el movimiento del punto y que además es en esa misma dirección. Por el contrario, en la conformidad a la mayoría de Asch (1956) tenemos el reverso de la moneda: se manifiesta abiertamente a la conciencia del individuo su inferioridad, la tensión de sentirla y sus maniobras para que no se ponga de relieve a través de la adhesión forzada al juicio mayoritario por presión grupal directa y no por sentimiento social. No participa aquí en modo alguno la sugestión, como ocurre en la normalización, pues para que ésta aparezca se requiere un cierto grado de confianza o prestigio del otro, que deriva del sentimiento social.

Las explicaciones a la normalización perceptiva basadas exclusivamente en la negociación no aciertan a explicar por qué las concesiones, a partir del patrón de respuesta individual previo, no son equivalentes y recíprocas. Como señala de nuevo Deschamps:

*"Para Sherif la norma colectiva no es la media de las normas individuales, sino, como hemos visto, un valor estándar resultante de factores individuales e interactivos en el interior del grupo particular"* (op.cit.,p.140)

Y entre estos factores, tal y como se ha defendido hasta aquí, están el sentimiento de inferioridad y el sentimiento social, para los cuales a su vez el proceso de normalización constituye un buen apoyo empírico.



Se ha venido insistiendo en los libros de texto, y a mi modo de ver de forma completamente errónea, que la normalización perceptiva requiere de una situación estimular muy ambigua (una ilusión óptica), y que recurre o se centra demasiado en juicios perceptivos, metodológicamente poco fiables para saber algo de la percepción en sí. Se pretende así restar importancia a la normalización al menos por lo que puede aportar a la comprensión del proceso perceptual.

En primer lugar, hay que decir que el juicio perceptivo es una parte del proceso perceptivo global como pueda serlo el movimiento ocular con el que exploramos un objeto desconocido para nosotros. Esta idea fue perfectamente planteada y defendida por Forgas en su importante obra sobre la percepción, y a ella nos remitimos (1966) para quien considere que lo que se dice que "se ve" es muy distinto de lo que en realidad se ve cuando no existe explícita voluntad de falsearlo, como en el caso de la experiencia de Asch mencionada.

Y, por otra parte, hay que recordar que lo que Sherif pretendía era aportar evidencia empírica a partir de la producción de una norma artificial en el laboratorio, de un proceso de amplio alcance para el desarrollo perceptivo y de sus determinantes culturales.

Muchos psicólogos actuales parecen haber perdido de vista estos determinantes, básicos para comprender la psicología de la percepción, deslumbrados quizás por los importantes progresos de la neurofisiología y de la inteligencia artificial. No es momento de entrar en esta cuestión. Baste recordar que en la percepción humana está implicado todo el sujeto, y por ello todos los intentos de reducción, del tipo u orden que sean, están abocados al fracaso a la hora de dar cuenta de la dimensión humana de la percepción. Esta idea parecían tenerla mucho más clara autores como Sherif o el propio Adler que muchos autores actuales. Porque si es todo el individuo el que está implicado en el proceso perceptivo, necesariamente la cultura deviene una dimensión fundamental en el proceso perceptivo. Ambos autores, el primero desde la vertiente cultural y social, y el segundo desde la individual, resultan en cierta forma complementarios. Así se expresa Adler en 1927:

*La percepción no es jamás comparable a un aparato fotográfico, sino que contiene algo de la peculiaridad de cada individuo... Las percepciones no son rigurosamente idénticas a la realidad. El hombre es capaz de modificar sus contactos con el mundo exterior en armonía con su modo peculiar de ser, estribando la particularidad de éste en lo que percibe y en la manera en que lo hace. La percepción es algo más que un proceso físico, es una función del alma, y de la clase y manera, de la circunstancia, cómo y qué percibe un hombre pueden deducirse profundas conclusiones sobre su vida interna" (p.46-47)*

La percepción no es ninguna copia del objeto, como bien señala Adler, sino una representación elaborada por el sistema perceptivo humano a partir de ciertos patrones de energía física. Como tal representación está determinada tanto por las características morfológicas y funcionales de los órganos receptores como, por supuesto, por los distintos niveles organizativos del sistema nervioso, cuya actuación determina de alguna forma tanto los márgenes como, hasta cierta extensión, los contenidos o el aspecto figurativo de dicha representación. Ahora bien, tanto el individuo (en su sentido etimológico de "no divisible" del cual surge la denominación de "Psicología Individual") como la cultura que en él se halla impresa intervienen o participan en el proceso perceptivo de forma que guarda estrecha analogía con la actuación de los órganos receptores. De tal forma que, así como nuestro aparato sensorial responde y se activa únicamente ante una determinada gama de frecuencias del espectro estimular, resultando indiferente a las demás (por eso hablamos de representación y no de copia), cada cultura interviene activamente acerca de qué elementos del campo percibido deben ser destacados y cuáles no.

Si profundizamos en esta sencilla argumentación, nos vemos obligados a aceptar al menos como suposición lógica que las representaciones perceptivas entre las distintas culturas pueden potencialmente ser tan distintas entre sí como damos por descontado que lo son entre las distintas especies. Poseemos fuerte evidencia empírica además de que ciertas culturas se rigen por patrones perceptivos que están lejos de enfatizar o destacar para sus representaciones el componente visual, que predomina en la nuestra. De igual forma que un perro nos

reconoce por el olor antes que por nuestra configuración visual, por ejemplo.

De ahí deriva la importancia del proceso que se pone artificialmente de relieve en la normalización, mucho más allá de la anécdota particular y metodológica del experimento autocinético, donde unos individuos se ponen de acuerdo ante una ilusión óptica de forma, eso no lo niega nadie, sorprendente. Sherif intuyó mejor que otros la importancia de su experiencia de laboratorio en la comprensión de los determinantes culturales del proceso perceptivo. Con una posición de partida casi idéntica a la de Adler, en la introducción a su experimento señala:

*La psicología social ha estudiado las diferencias individuales en respuesta al entorno social, pero nunca ha reconocido que cada uno de nosotros percibe su entorno en términos de sus propios hábitos perceptuales. El individuo adquiere un cierto número de normas desde su infancia, sin importar que lo desee o no, ni si es consciente del hecho o no... Estas normas determinan hasta una cierta extensión sus ideas individuales de lo bueno y lo malo, lo correcto y lo erróneo, lo bello y lo feo, y de la misma manera sus tendencias perceptivas; por ejemplo, qué aspectos del campo de estimulación serán acentuados y cuáles ignorados" (op.cit., p.5)*

De hecho, conviene recordar que el problema básico en la psicología de la percepción consiste en saber cómo de un patrón de estimulación energética siempre variante, el sujeto logra representaciones dotadas de cierta constancia y estabilidad. Que estemos interesados en conocer las complejÍsimas transformaciones que el sistema perceptivo debe efectuar, implementadas en los circuitos neuronales y en neuronas hipercomplejas de córtex humano no puede en modo alguno hacernos menospreciar tanto el papel de la inteligencia (podemos considerar incluso la actividad perceptiva como inteligente en sí misma u orientada a la solución de problemas), ni menos aún el de su inequívoca determinación cultural y, por ello mismo, de la posible dimensión e influencia social sobre el proceso.

Podemos pues afirmar, de acuerdo con Sherif, que aprendemos a percibir dentro de una cultura concreta. Diríamos incluso que se aprende a percibir de la misma forma que se aprende a hablar: a través de una lengua materna con unas

características que la diferencian (y a su vez la asemejan) a todas las demás.

Y si en la base de todo el desarrollo intelectual y de todo aprendizaje Piaget ya situaba como auténtico motor la vida emocional, Adler es más específico, situando el sentimiento de inferioridad y el sentimiento social. No sólo los hemos creído encontrar en el proceso de normalización perceptiva, sino que ciertamente ambos constructos deben estar en la base de todo el capítulo que conocemos como la "percepción interpersonal".

## BIBLIOGRAFIA

- ADLER, A. (1907-1980) *Estudios sobre inferioridad de los órganos*. Buenos Aires, Paidós.
- ADLER, A. (1927-1975) *Conocimiento del hombre*. Madrid, Espasa-Calpe.
- ADLER, A. (1933-1975) *El sentido de la vida*. Madrid, Espasa-Calpe.
- ALLPORT, F.H. (1962) A estructuronomic conception of behaviour: individual and collective. *J. of Abn. and Soc. Psychology*, 64, 3-30.
- ASCH, S.E. (1956) Studies on independance and coformity: a minority of one against a unanimous majority. *Psychol. Monographs*, 70, 416.
- CODOL, J.P. (1975) Effet P.I.P. et conflit de normes. L'année Psychologique, 75, 127-146.
- CRANDALL, J. (1982) *Theory and measurement of social interest. Empirical tests of Alfred Adler's concept*, N.Y. (Irvington): Columbia Univ. Press.
- DOISE, W.; DESCHAMPS, J.C. y MUGNY, G. (1979) *Psicología Social Experimental*, Barcelona, Hispano Europea.
- FESTINGER, L. (1954) A theory of social comparison processes. *Human relations*, 7, 117-140.

FORGUS, R.H. (1966-1978) *Percepción*, México, Trillas.

LEMAINE, G. (1962) Compétition entre groupes d'inégales ressources: expérience dans un cadre naturel, premiers travaux. Psychologie Française, 7, 216-222.

LEMAINE, G. (1966) Inégalité, comparaison et incomparabilité: esquisse d'une théorie de l'originalité sociale. *Bull. de Psychologie*, 20, 1-9.

LEMAINE, G. (1974) Dissimilation and differential assimilation in social influence. *European Jour. of social Psychol.*, 5, 93-120.

MOSCOVICI, S. y RICHATEAU, P. (1972) Conformité, minorité et influence sociale. En S. Moscovici (ed.): *Introduction à la Psychologie sociale*, Paris, Larousse.

PICH, J. (1982) *A. Adler: de la psicología Individual a la Psicología Social*. Tesis de Licenciatura no publicada, Univ. Barcelona.

SAMPSON, S.F. (1968) *Crisis in the cloisters: a sociological analysis*. Tesis doctoral no publicada, Univ. de Cornell.

SHERIF, M. (1935) A study of some social factors in perception. *Archives of Psychology*, 27, nº 187.